



(viene de la página anterior)

quiosco de información turística en la esquina de Varas con O'Higgins. Es decir, frente a la misma plaza.

La idea de traslado había pasado desapercibida durante los primeros meses de 1988, hasta que se conoció públicamente a comienzos de mayo. La polémica, entonces, se armó de inmediato.

¿Cuál era el problema? Que muchos puertomontinos opinaban que, de instalarse la casa es ese sector, la plaza iba a perder su condición de "ventaña al mar".

Primero fueron cartas al director del diario; después, cartas abiertas firmadas por distinguidos ciudadanos, opiniones de algunas autoridades e incluso la del Colegio de Arquitectos, que hacía ver que, por tratarse de un bien nacional de uso público, incluso estaba prohibido emplazar la casa en el lugar elegido.

¿Qué hacer entonces? Entre las propuestas que hacían los mismos ciudadanos y arquitectos, estaba que el municipio comprara el terreno de la casa o lo permuyera para que esta se conservara ahí mismo donde estaba; que se trasladara a un sitio nuevo que sirviera como puntapié inicial de una especie de "pueblo alemán" donde se conservaran otras casas tradicionales que corrieran el riesgo de desaparecer, o que simplemente se siguiera con el plan original, pero era la propuesta con menos apoyo.

Al final, nada de esto ocurrió.

La casa comenzó a ser desmantelada el mismo día que el alcalde Oelkers dio a conocer su decisión.

Tras el desarme, los restos

seccionados quedaron bajo custodia de la municipalidad en una bodega en calle Regimiento, donde hoy se ubica el consultorio Carmela Carvajal. Y ahí quedó. Pasaron los días, las semanas, los meses y eventualmente años, y de la casa no se volvió a saber. Hasta que en una columna de opinión de 1992 publicada en El Diario Austral de Puerto Montt, el pintor Óscar Gacitúa González dio a conocer la situación: sólo sobrevivían algunas puertas y ventanas. "Los restos desmembrados de la casa hoy se pudren apilados en esa casa", aseguraba el artista.

Tres décadas después, el historiador César Sánchez, funcionario municipal en ese período, acompañó a Gacitúa en esa visita a la bodega. Contó una versión aún más insólita: según los mismos funcionarios de la bodega, el material secionado -al menos buena parte- en realidad habría sido convertido en leña por los propios trabajadores municipales de la población vecina.

De esta manera, la casa Hardessen llegó a su fin. Un vergonzoso y penoso desenlace para lo que fue, como escribiría el arquitecto Gian Piero Cherubini en 2016, un "ejemplo de la permanencia de la escuela de carpinteros alemanes de Puerto Montt...".

Lo más triste, no obstante, vino después: la gente simplemente se olvidó de la casa y su historia. Y con el cambio de década, Puerto Montt comenzó a crecer descontroladamente, lo que aceleró la pérdida de casas tradicionales. Hasta que, a mediados de los años 90, llegó el tiro de gracia para el patrimonio local: el cierre de la estación de ferrocarril. El mismo recinto que durante 83 años se había convertido en parte del alma de la ciudad. Y de eso trató la larga y penosa batalla por el tren durante toda la década, como correctamente lo advirtió Óscar Gacitúa y otros unos años antes de que "la estación más austral del mundo" cerrara definitivamente sus puertas.

A esa altura ya no importaba. Si eran capaces de vender el alma de la ciudad al mejor postor para convertirla en un centro comercial, ya no había vuelta atrás. Y fue lo que el paso del tiempo terminaría por demostrar: en las cuatro colinas, de manera definitiva, el patrimonio dejó de importar.



LA RESTAURACIÓN DE LA CASA PAULY AVANZA, TRAS SUPERAR LA DETENCIÓN DE OBRAS POR HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS.

ción de ferrocarril. El mismo recinto que durante 83 años se había convertido en parte del alma de la ciudad. Y de eso trató la larga y penosa batalla por el tren durante toda la década, como correctamente lo advirtió Óscar Gacitúa y otros unos años antes de que "la estación más austral del mundo" cerrara definitivamente sus puertas.

A esa altura ya no importaba. Si eran capaces de vender el alma de la ciudad al mejor postor para convertirla en un centro comercial, ya no había vuelta atrás. Y fue lo que el paso del tiempo terminaría por demostrar: en las cuatro colinas, de manera definitiva, el patrimonio dejó de importar.

Hoy es fácil culpar de la

pérdida patrimonial de estas últimas tres décadas a la anhelada industrialización -que arrancó de la mano de la salmonicultura- y el consiguiente Progreso (con mayúscula) que arribó a Puerto Montt. Sin embargo, antes de la radical transformación de la ciudad durante los años 90, el germen de la desidia ante todo lo que oliera a patrimonio ya estaba presente en nuestras autoridades. Lo que ocurrió con la casa Hardessen es la prueba irrefutable de ello.

Es tentador, y a la vez frustrante, pensar en una línea temporal alternativa en la que la casa Hardessen fue salvada y el despojo patrimonial que vió después no fue tan brutal. Evidentemente, el Progreso no

habría sido detenido, pero si habría habido mayor conciencia y, a lo mejor, hubiésemos podido preservar unas cuantas casas más. La cantidad en realidad no importa. Tal vez una o dos más habrían bastado para que Puerto Montt también salvara su antigua identidad.

Peró eso es hacer ficción.

Heredamos, en cambio, el otro Puerto Montt. El Puerto Montt de los últimos 35 años, donde han desaparecido la casa Ivars y la casa Balzac, el Hotel Gamboa y la casa Ulloa, la villa Mónica y la casa Sepulveda, la casa de Manoly y la casa Wistuba. Y muchas casas más. Casas ostentosas como también modestas, casas conocidas como también anónimas.

El mismo Puerto Montt donde seguimos perdiendo casas antiguas, ya sea por la ampliación de una calle o la construcción de un edificio, por el abandono o por los incendios. Y todos lo lamentamos. Reclamamos, nos indignamos, exigimos que la municipalidad haga algo. Pero las cosas siguen igual. Y después nos olvidamos, hasta que desaparece otra construcción histórica y se reinicia el ciclo de lamentos. Estos últimos meses las más recientes víctimas han sido las centenarias estación de Alerce y casa Binder de calle Egaña.

Quién sabe cuál será la próxima pérdida que todos lloremos.

El panorama es lugubre, es verdad. Sin embargo, hoy no todo es oscuridad. Hay buenas noticias, de hecho. La primera es que todavía nos quedan ca-

sas con historia. Muchas de ellas en rincones de la ciudad donde los tentáculos de las inmobiliarias aún no llegan, aunque siguen altamente expuestas a los incendios, el deterioro y el abandono.

La segunda buena noticia es que como las administraciones municipales han sido desastrosas en conservación patrimonial (algunas más nefastas que otras), no podemos estar peor de lo que estamos ahora. Por lo que en adelante sólo nos quedan dos posibilidades: seguir igual o mejorar.

El otro rayo de luz es que por estos días los puertomontinos ya podemos ver cómo está quedando la restauración de la casa Pauly. Y si bien aún falta un tiempo para que sea entregada y podamos hacer uso de ella, ya es evidente que revitalizará estética y culturalmente no sólo la esquina de Benavente con Rancagua, donde está ubicada, sino que todo el centro de la ciudad.

De esta manera, la casa Pauly será lo que la casa Hardessen, por desidia, nunca pudo ser. Y también será lo que las casas Ebel y Fernández aún podrían, si es que todavía tienen salvación, llegar a convertirse.

Pero la casa Pauly es la excepción. Sólo será un saludo a la bandera mientras la municipalidad -como también el sector privado- continúe de brazos cruzados, se quede solo en las buenas intenciones o se siga alineando a intereses inmobiliarios, mientras el Progreso siga borrando sin control la historia de Puerto Montt. ☞



LA CASA EBEL, EN LA ESQUINA DE BENAVENTE CON BALMACEDA, MUESTRA EL LENTO, PERO AVANZADO DETERIORO DE LA DESIDIA.